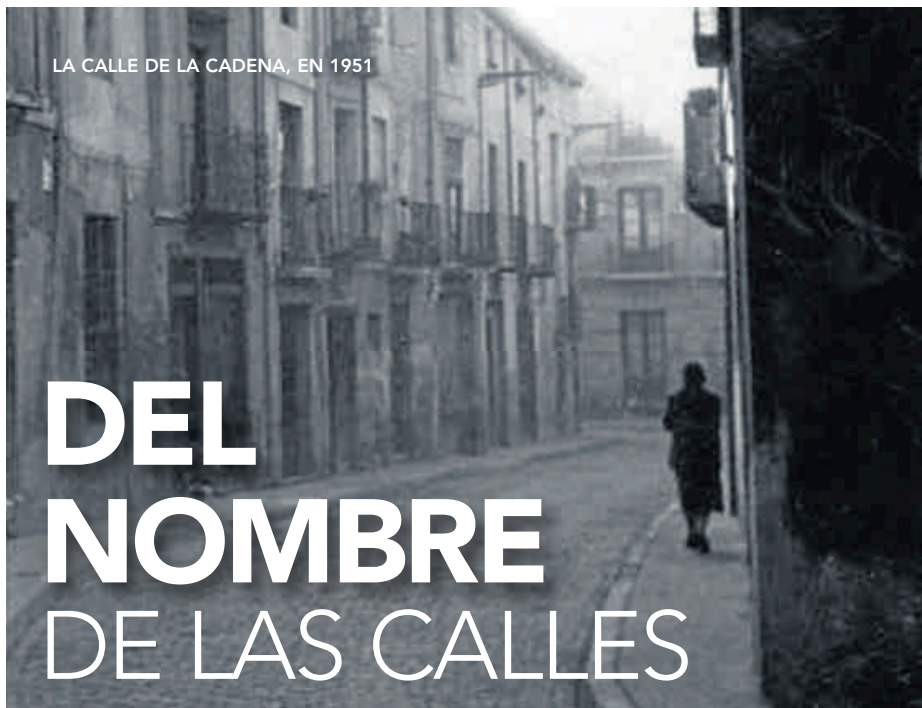




Una de las primeras informaciones que aprendemos de niños es nuestro nombre y el lugar en el que habitamos. Vivo en la calle..., y a continuación viene un nombre cuyo origen desconocemos en numerosas ocasiones.

Las calles han tenido a lo largo de su historia distintos nombres, algunas ni siquiera lo tuvieron inicialmente, ya que dar un nombre oficial a una calle es un invento relativamente reciente. Hasta mediados del siglo XIX las calles no estuvieron rotuladas y los nombres que se les daban no eran sino el reflejo de su ubicación en ellas de un determinado gremio de profesionales, de una actividad concreta, de la casa de un ciudadano notable o asuntos similares –Aguadores, Cereros, Armas, Rebojería, Escopetería, Tripería, de las Vacas, Obrejuelas, del Candil, de la Reina...–. Estas denominaciones de origen popular llevaron a que en una misma ciudad hubiera varias calles del Horno, del Mesón, del Molino, etc. Igualmente, ocurría que a un trazado recto y único, en ocasiones, le correspondían varios nombres, y también lo contrario, es decir, que a un trazado quebrado y con varios tramos le correspondiera un nombre único.

Por Real Orden de 30 de noviembre de 1858, se determinó que era preciso denominar todas y cada una de las calles que componían una localidad y dentro de ellas, numerar casa por casa los inmuebles que las componían. Igualmente habían de fijarse las condiciones que habían de tener las vías y espacios urbanos para denominarse: calles, callejones, plazas, plazuelas, etc. Para ello se daba un plazo de dos meses. Este proceso resultaba extraordinariamente complejo y las consultas a Madrid –elevadas a través del gobernador de cada provincia– fueron numerosas. Para dar solución a las preguntas más frecuentes que llegaban a la capital del reino, el 24 de febrero de 1860 apareció publicada en la *Gaceta de Madrid*, una extensa Instrucción para rotular las calles y numerar las casas, redactada por la Junta superior de Estadística y aprobada por S.M. la reina Isabel II. Esta Instrucción venía acompañada por plantillas y modelos que resolvían las principales dificultades.



DEL NOMBRE DE LAS CALLES

HASTA MEDIADOS DEL
 SIGLO XIX LAS CALLES
 NO ESTUVIERON
 ROTULADAS

El plan para denominar y numerar las calles de la ciudad de Zaragoza fue elaborado por el jurisperito y síndico del Concejo, Felipe Guillén Caravantes, y en síntesis proponía las distinciones por causa de tamaño entre las plazas y plazuelas; que los números impares correspondieran a los inmuebles situados en la acera izquierda de cada calle y los pares a la derecha; que la numeración de las calles se iniciara en la embocadura de la calle más cercana al punto que se había tomado como centro para la ciudad, esto es, el Coso en su confluencia con la calle Albardería –después calle Cerdán y hoy desaparecida– y con la plazuela de las Extrévedes –hoy también desaparecida– [este lugar correspondería a un punto cercano al edificio de la Audiencia, en el Coso]; que se unificaran bajo un único nombre aquellos tramos que forma-

ran un trazado más o menos recto hasta su confluencia con alguna plaza u otra vía de mayor anchura y principal; y que, por el contrario, se denominaran de forma distinta los cambios de dirección en ángulo recto o cercanos a él, en las vías que hasta entonces se conocían con un solo nombre.

Así, se acordó la obligación de dar a cada calle un nombre que la identificara y distinguiera de las demás y con estos nombres nuestras ciudades quisieron honrar su pasado y lo hicieron conservando su memoria. En numerosas ocasiones, ésta vino ligada a las gestas más o menos heroicas de un hombre; en algunos casos, los menos, de una mujer. Estos hombres fueron santos, militares, políticos, escritores, artistas... e incluso simples ciudadanos que un día dejaron el anonimato lanzándose a la conquista de la gloria combatiendo al enemigo, fuera éste cual fuera. Muchas de estas denominaciones se tomaron de aquellos que realizaron actos de valor durante los Sitios de Zaragoza de 1808 y 1809, sus nombres se recordaban todavía y vivían sus descendientes más directos. En cualquier caso, es casi siempre la historia de los vencedores, la de aquellos que, por propia voluntad o por azar, unieron su nombre al de

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE >>

<< VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

los más fuertes. En estos casos es fácil rastrear su origen y la historia de su nombre. También lo es cuando la calle toma el nombre de una población y también cuando la calle perpetúa la memoria ciudadana a través de un antiguo edificio que le dio nombre y que, en el peor de los casos, hoy ha desaparecido —de las Vírgenes, de la Universidad...—, a través de una fecha significativa —4 de agosto, 5 de marzo...— o, sencillamente, de una costumbre ya extinta —de la Mesa—.

Para dar cuenta de lo actuado, se imprimió en 1863 un plano en el que se consignaban los nombres dados a las calles, plazas y paseos de Zaragoza, no obstante y en previsión de que tales denominaciones fueran modificadas posteriormente por otras corporaciones, en el plano, a cada calle se le otorgaba un número, sin más, y, en la leyenda adjunta, se daba a cada número un nombre. Se computaron un total de 298 vías urbanas: 11 plazas, 30 plazuelas, 4 paseos, 251 calles y 2 pasos.

HISTORIAS REALES

Los callejeros nos dan cuenta de la historia de estos nombres, historia que nos ofrece un amplio juego de posibilidades más o menos emotivas y curiosidades. Historias como la ligada a la calle de la Cadena, junto al Coso, en donde se alzaba la Quinta de Artal de Foces, lugar éste en el que el entonces rey de Aragón, Juan I (1387-1395), parecía encontrarse a gusto y lugar que así lo hacía constar colocando sobre la puerta de acceso una cadena de hierro, símbolo que aseguraba que esos muros habían cobijado al soberano. Hoy la Quinta ha desaparecido, pero allí queda el nombre de la Cadena que atestigua su pasado real, en el doble sentido del término.

O aquella historia que nos cuenta la calle Cortesías, próxima a la Magdalena, antiguamente una de las más estrechas de la ciudad, tanto, que al encontrarse de frente dos personas, debían ponerse de acuerdo, mediante reverencia de cortesía, sobre cuál de ellos debía pasar primero. La del Desengaño, próxima a la de Alfonso I, a través de la cual los desengañados abandonaban la casa de juego situada en el Coso y cuya fa-



CONDE ARANDA CUANDO ERA GENERAL FRANCO (AÑOS 50)

chada posterior se abría a esta calle, las más de las veces tras perder lo que tenían y lo que no tenían.

Historias grandes y a veces también pequeñas unidas en la confluencia o proximidad de dos calles; la del Padre Boggiero, héroe de los Sitios, junto a la del Saco, en “memoria” de un villano, Francho Luque, quien se dice que a fines del siglo XVIII tenía en un puño, como metidos en un saco, a sus vecinos del barrio de San Pablo. O la calle del Perro, así llamada desde el siglo XVI por aquel mastín que distinguía a los judíos de los cristianos, acometiendo a estos últimos siempre que podía y causándoles graves heridas. Puesto este hecho en conocimiento del Santo Oficio, mando matar al perro y recluir a sus amos, judíos. Curiosamente, al callejón del Perro se accede a través de la calle de Antonio Agustín, auditor de la Rota, obispo de Lérida, arzobispo de Tarragona, nuncio apostólico y legado de la Santa Sede, fácil de distinguir...

Hay algunas calles sin “historia” y así leemos en antiguos callejeros municipales la explicación dada al nombre de calles como las de la Alegría —en San José— o la Paz —en Torrero—: “...calle cuyo nombre no tiene otro significado que el de la propia palabra”; y otras que no rememoran sino lugares geográficos.

Hay personajes que fueron eliminados del callejero —Rafael García, Vicente de Lamadera, José M^º Benedí, Pablo Barrau...— y otros que, por el contrario, fueron

“ascendidos de categoría”. La calle dedicada a Francisco de Goya era una vía estrecha que transcurría entre las calles de Alfonso y Santa Cruz. Cuando ya a mediados del siglo pasado se soterraron las vías del ferrocarril que discurrían hacia el sureste de la ciudad, surgió una avenida de notables proporciones y se la denominó avenida (de Francisco) Goya. La vieja calle de Goya, pasó a llamarse de

Jusepe Martínez, otro ilustre zaragozano que también fue pintor del rey, éste sin embargo del siglo XVII.

Existen numerosas calles, especialmente en los barrios más antiguos, cuyos nombres corresponden a los de santos y santas y también algunos que, sin formar parte del santoral, son elevados a tal rango por muchos de los habitantes de esta ciudad. Así, a una de las calles que transcurren entre el paseo de la Independencia y la plaza de los Sitios se la denominó de Sanclemente, Felipe Sanclemente, héroe de los Sitios de Zaragoza; a tal calle algunos la denominan de San Clemente, en la creencia, suponemos, de que dicha vía pueda tomar su nombre de aquel Papa que gobernó la Iglesia entre los años 93 y 101. Confusión a la que bien pudo ayudar el hecho de que durante muchos años, en la placa en la que se informaba del nombre de la calle, éste aparecía como San Clemente.

Algo parecido ocurre con la calle Sangenis, Antonio Sangenis Torres, comandante del Real Cuerpo de Ingenieros, héroe de la defensa de Zaragoza durante la Guerra de la Independencia. En este caso, desaparece el acento y aparece un “San Genis” de iconografía, vida y milagros que no constan, por inexistentes, en los anales de la Iglesia.

Hay algunos barrios que podemos denominar “temáticos”. Así, todos sabemos que en el Actur, las mujeres —pedagogas, escritoras, políticas y maestras fundamen-

mente— “están” a la izquierda, esto es, al oeste y los hombres—de profesiones mucho más variadas— a la derecha, es decir, al este. Barrios como Montecanal—Monte del Canal—, cuyo nombre viene de la mano del proyecto de un ilustrado, Ramón de Pignatelli, nos acerca a otros ilustrados como él: Jovellanos, Lezaun o Anzano, y una avenida central que, como no podía ser menos, se denomina de la Ilustración. Uno de los barrios más “jóvenes” de la ciudad, presenta también esta cualidad y así, en Valdespartera se ha elegido el cine como vehículo conductor para dar nombre a cada una de sus calles, un paseo entre la comedia y el drama, bien pensado, lo mismo que ocurre en el resto de los barrios, eso sí, aquí, prácticamente, todos les ponemos cara a sus protagonistas.

CON NOMBRE DE GUERRA

Desde el principio y como ya hemos visto, muchos nombres de nuestras calles tomaron el de hombres y mujeres que defendieron la ciudad o la patria, fuera ésta cual fuera. La guerra de la Independencia dejó su memoria en el callejero de la ciudad y también lo hizo la Guerra Civil española de 1936-1939. Ya el 9 de septiembre de 1936 el Ayuntamiento dedicaba una de las principales vías zaragozanas a una joven muerta en los primeros días de la contienda: Marina Moreno.

Muy pronto, nombres como los de los generales Franco—quien ya tenía dedicada una calle en el Arrabal como director que había sido de la Academia Militar— y Mola, José Antonio Primo de Rivera o el “protomártir” José Calvo Sotelo, aparecieron en el callejero zaragozano. Éste comenzaba a parecerse a las listas necrológicas del movimiento. A mediados de los años ochenta y con una democracia más o menos consolidada, esos mismos primeros nombres, instalados en algunas de las principales vías zaragozanas, se cambiaron por otros: respectivamente, del Conde de Aranda, de Sagasta, de los Sitios o Gran Vía.

Hace casi dos años se aprobó la Ley 52/2007, de 26 de diciembre, “por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura”. En esta llamada

Ley de la Memoria Histórica, en su artículo 15—Símbolos y monumentos públicos— se especifica que: “Las Administraciones públicas, en el ejercicio de sus competencias, tomarán las medidas oportunas para la retirada de escudos, insignias, placas y otros objetos o menciones conmemorativas de exaltación, personal o colectiva, de la sublevación militar, de la

Guerra Civil y de la represión de la Dictadura”. Entre estas menciones se encuentran los nombres de las calles.

Zaragoza conserva todavía un buen número de calles que conmemoran hechos, fechas, personas, etc., relacionados con el bando victorioso en la Guerra Civil y la dictadura franquista posterior. En febrero de este año, continuaba debatiéndose el tema y seguía aplazándose la aplicación de la Ley de la Memoria Histórica. El 17 del citado mes de febrero de 2009, el periódico *Heraldo de Aragón* publicaba un listado con 43 calles que, en aplicación de la Ley, habían de cambiar su denominación. Son todos los que están, pero no están todos los que son. No se nombra en este listado a Agustina Simón, enfermera “margarita” que marchó a Belchite con el Tercio de Almogávares en donde fue hecha prisionera y después fusilada, tras rechazar la conmuta de su pena por seguir desempeñando su labor como sanitaria en el bando republicano. Su cuerpo se trasladó posteriormente a Zaragoza, donde está enterrada en el cementerio de Torrero. Tampoco aparece el nombre de José Moncasi, elegido diputado en las elecciones del 16 de febrero de 1936 por la Confederación Española de Derechas Autónomas y muerto en Barbastro a los pocos días del inicio de la Guerra Civil a manos de los republicanos.

Habrás más y habrá que debatir la necesidad o no del cambio. No es fácil hacerlo, la Historia resulta a veces veleidosa, ya apuntamos cómo la Corporación Municipal que dio nombre a las calles a mediados



LA ESTATUA DE CESARAUGUSTO EN LA PLAZA PARAÍSO (AÑOS 70)

del siglo XIX, las imprimió como números sobre el plano para poder hacer frente a posibles cambios posteriores. En algunas ciudades, las calles tienen esta denominación numérica: todos tenemos recuerdos filmicos sobre las neoyorkinas 5ª avenida o calle 42. Este procedimiento tiene una ventaja, los números casi nunca son de un solo bando. Con los nombres, las circunstancias son más complejas e incluso se dicen cosas distintas con la misma palabra. Cuando los franceses gobernaban Zaragoza a comienzos del siglo XIX, el nombre que se dio a un paseo que había de surcar gran parte de la ciudad en sentido norte-sur era el de Imperial, posteriormente se denominó de la Independencia, en conmemoración de aquella guerra que derrotó al gobierno que lo había iniciado. Después, en 1940, se volvió a utilizar esta misma denominación, Imperial, para la calle que iba desde el Mercado Central hasta el Ebro, hasta entonces denominada de Antonio Pérez, secretario de Felipe II. Esta vez, el imperio era español, aquel sobre el que nunca se ponía el sol y no francés, pero, de nuevo, el imperio español también cedió su puesto a otro imperio, el romano, y en él a uno de sus más egregios emperadores, el mismo bajo cuyo mandato se fundó esta ciudad de calles y plazas: Cayo Octavio, quien, al suceder en el poder a Julio César, cambió su nombre por el de Cayo Julio César Octaviano. La historia, sin embargo, lo recuerda de otro modo: César Augusto y a él le debe esta ciudad su nombre, Caesaraugusta, o Zaragoza, como le decimos ahora.